

Boletín del Grupo de
Investigación y Estudios
sobre Historia Antigua y
Medieval

ISSN 1690-3374 *versión impresa*

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y
Medieval v.2 n.3 Mérida ene. - jul. 2004

 [Como citar este artículo](#)

La concepción de Imperio Mundial en la antigüedad

Homero Calderón

En un interesante pasaje del libro XXXIX de Polibio, en que narra la destrucción de Cartago al finalizar la tercera guerra púnica (en que según la concepción de la historia helénica esboza la teoría cíclica, mediante la cual el devenir de la historia humana se da en forma de círculos continuos, estando sometida toda civilización a esa ley mediante la cual nacen, se desarrollan y desaparecen para dar paso a otra nueva, que a su vez cumpliría el mismo ciclo), decía lo siguiente:

Cuéntase que Escipión, al ver a Cartago totalmente destrozada y en ruinas, derramó abundantes lágrimas, deplorando en voz alta la desgracia de sus enemigos. Reflexionando profundamente que la suerte de las ciudades, pueblos e imperios tan sujeta está a los reveses de la fortuna como la de los simples particulares, y recordando al lado de Cartago la antigua Ilión, tan floreciente, el imperio de la Asiria, el de los medos, el de los persas, después el de Macedonia, mayor que todos y tan poderoso hasta época reciente, fuera que el curso de las ideas trajeran a su memoria los versos del gran poeta, o que la lengua se adelantara al pensamiento, dícese que pronunció en alta voz estas frases de Homero: "Acércase el día de rendirse la gran Ilión, el día en que Priamo y su guerrero pueblo van a caer".

Preguntóle entonces Polibio, que tenía gran familiaridad con él por haber sido su preceptor, qué sentido daba a estas palabras, y contestó ingenuamente que pensaba en su cara patria, temiendo el porvenir que tendría por la inconstancia de las cosas humanas." (Pol. XXXIX, 4)

No se equivocaba nuestro autor en su profecía, pues el poderoso imperio romano que superó a todos los que existieron en la antigüedad, ya que extendió sus fronteras desde el Atlántico a las riberas del Eufrates, y desde el Rin y el Danubio hasta el norte de África, siguió la misma suerte de sus antecesores. Dividido por Teodosio I el año 395 para darlo a sus dos hijos Arcadio y Honorio, vio desmembrarse la parte occidental en los llamados reinos bárbaros; igual suerte corrió el Imperio de Oriente, aunque con el nombre de Imperio Bizantino sobrevivió hasta 1453 en que los turcos tomaron Constantinopla.

Los cuatro grandes imperios de la antigüedad que señala Polibio ya aparecen mencionados en un escritor que no es griego ni romano. En un libro de la Biblia correspondiente al Antiguo Testamento, atribuido a Daniel, datado hacia el 164-3 a.C., el autor narra la interpretación hecha por él (Daniel) de un sueño que el rey Nabucodonosor había tenido. En dicho sueño el monarca veía una gran estatua cuya cabeza era de oro fino, el pecho y brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce o cobre y, de una parte de hierro y otra de barro, las piernas. De pronto, una piedra que cayó del monte golpeó las piernas de barro cocido y hierro, derribándola y haciendo añicos el oro, la plata, el cobre y el hierro, pero la piedra comenzó a crecer hasta cubrir toda la tierra. Para Daniel, los cuatro metales son los cuatro imperios que se sucederían en el tiempo. Aunque no los menciona, el profeta alude a los asirio-babilonios, medo-persas, greco-macedonios y romanos. De estos últimos, dice, *...Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino destrozará y desmenuzará a todos los demás (Dan.40)*. Sin embargo, añade: *...como los dedos de los pies en parte son de hierro y en parte de barro cocido, así el reino en parte será firme y en parte quebradizo (Dan.42)*. Sobre estos reinos, agrega: *se levantará el reino de Dios que no perecerá y subsistirá eternamente*. Como vemos, ya en Daniel encontramos en forma embrionaria la idea de la historia lineal que será desarrollada por el cristianismo y en forma secularizada pervive. Recordemos que desde el siglo IV d.C., ya encontramos esa concepción histórico-teológica en la *Crónica Universal* de Eusebio de Cesarea ampliada por Isidoro de Sevilla a finales del siglo VI e inicios del VII, que se mantendrá durante todo el medioevo.

Los cuatro imperios enunciados no fueron los únicos que existieron en la edad antigua, pues dentro de su ámbito geográfico habría que considerar también el imperio egipcio, que extendió sus dominios en todo el valle del Nilo, desde la segunda catarata hasta las costas cananeas en donde la existencia de los reinos Mitani e Hitita por el norte, y el de Babilonia por el este, frenaron sus aspiraciones de expansión, manteniendo con ellos relaciones diplomáticas para asegurar sus dominios, basadas en alianzas matrimoniales, cuestión que conocemos gracias a los archivos descubiertos en la región de Tell-el Amarna en Egipto que se refieren a la época de Amenofis III y Amenofis IV. Sin embargo, desde el punto de vista de la concepción de imperio mundial aceptado por la historiografía griega, no llegó a contarse como tal, pues cuando esta noción hizo su aparición con Ctesias y Heródoto para referirse a los pueblos orientales que dominaron el Asia, Egipto ya formaba parte del Imperio Persa como provincia.

Ahora bien, si es referido a oriente que para el siglo V a.C. surge este concepto, ¿cuándo y dónde se formó el primer imperio mundial? Para responder a esta interrogante tenemos que remontarnos obligatoriamente a los pueblos que ocuparon la antigua Mesopotamia, actual Irak, desde los albores de su historia hacia el tercer milenio en el llamado país de Sumer, ubicado en las desembocaduras del Eufrates y el Tigris, hasta la dominación persa con Ciro el Grande, en el 539 a.C.

Aun cuando los vestigios arqueológicos demuestran que Mesopotamia estuvo habitada desde el IX milenio por pueblos de cultura neolítica entre las que destacan las de Samarra, Halaf y El Obeid, no es sino hasta el asentamiento de los sumerios en la baja Mesopotamia y la aparición del primer documento escrito que comienza realmente su historia. Estos pueblos, habitaron en ciudades-estados autónomas o *poliarquía de ciudades*, como las denomina García Pelayo, que frecuentemente se hacían la guerra; tenían un rey o gobernante considerado como representante o administrador del dios fundador y protector de la ciudad, siéndole necesario para cumplir su misión, utilizar un sistema de escritura cuneiforme y un cuerpo de funcionarios sacerdotales y escribas para el control administrativo de la economía, basada fundamentalmente en la agricultura hidráulica, centralizada primero en torno al templo y más tarde en el palacio; Ur, Uruk, Lagash, Nippur, Umma, Larsa, Kisk, son los nombres de algunas de ellas. Sin embargo, esta ordenación no fue mantenida a lo largo de su historia. El primer intento de unificación política fue realizado por Lugalzagesi, rey de Umma (2440 a.C. *circa*), quien destruyó a Lagash y se apoderó de las ciudades más importantes de Sumeria, asumiendo el título de "*rey de Uruk y rey del país de Sumer*", además de otros títulos como "*rey de Kish*", "*gobernador de Utu*" (dios solar de Larsa), etc. La gran inscripción del monarca refleja un nuevo espíritu, aparte de los títulos señalados se jacta de poseer por voluntad de Enlil todos los países "*desde el mar Inferior (golfo Pérsico), a lo largo del Eufrates y el Tigris hasta el mar Superior (mar Mediterráneo)*"; en otras palabras, toda la extensión del mundo conocido por los sumerios. No obstante, será Sargón I de Akkad (2350 a.C. *circa*), país al norte de Sumer bajo el dominio de poblaciones semitas, quien luego de someter a Lugalzagesi realizará junto a sus sucesores la unificación administrativa del extenso territorio. Sumerios y Semitas conformarán el primer imperio que se conoce en Mesopotamia.

Mito y realidad envuelven la figura de Sargón I, cuyo largo reinado, 56 años, está testimoniado por la *lista real sumeria*, documento de gran valor historiográfico que, comparado con otras fuentes, constituye un auxiliar imprescindible para fijar la cronología de esta fase del período protodinástico al que nos estamos refiriendo. Tal vez por el hecho de que los mismos mesopotámicos parecieran haber tenido conciencia de la importancia de esta colosal figura para su historia, crearon, como ha sucedido con otros personajes como Moisés, Rómulo, etc., leyendas, poemas, y toda una epopeya sobre su origen y hazañas. Y no era para menos, pues su dominio se extendió sobre un eje de más de 1.500 kilómetros, las cuatro regiones visitadas por él en donde se hallaban 65 países con sus capitales, distantes miles de kilómetros del centro de poder. Su imperio, consolidado por sus sucesores conoció numerosas sublevaciones "*en cadena*", ahogadas en sangre, sobre todo en tiempos de Naramsim, cuyas gestas fueron recordadas de modo similar a las de su abuelo Sargón y testimoniadas en numerosas inscripciones y estelas. Es notorio que con este rey, o mejor llamarlo "emperador", por el título que él mismo se dio de "*rey de las Cuatro Zonas*", la noción de universalidad de poder hace su aparición. Esta es una de las principales innovaciones de la época acadia. Supone una gran concentración de poder y funciones en su persona, los gobernantes locales o *ensi*, serían en adelante simples lugartenientes a los que el *monarca* otorgaba una cuota de poder. La otra gran innovación fue de carácter religioso, pues como *monarca universal*, se rodeó de una aureola sobrehumana que lo equiparaba a las divinidades que tenían rango universal. Nace así la idea de *divinización* real similar a la de los faraones egipcios, que se transmitirá posteriormente a los reyes helenísticos y a los emperadores romanos. Sin embargo, su existencia fue efímera y pocos años después, bajo su hijo y sucesor Sharkalisharri, los amorreos, elamitas y finalmente los guteos, asestaron duros golpes destruyendo la obra política inaugurada por Sargón, no así sus consecuencias de tipo económico, social, jurídico, religioso, artístico y lingüístico, que cambiaron el curso del progreso en Mesopotamia y dejaron huellas perennes.

Con los guteos (2150), pueblo bárbaro y montañoses llamados por los sumerios *Dragones de las Montañas*, las antiguas ciudades-estados sumerias recobraron momentáneamente su autonomía, sin embargo, la idea de imperio nacida con Sargón, fue determinante para que, una vez expulsados bajo la égida de Utukhungal de Uruk, se iniciara la restauración, que alcanzará su punto culminante con Urnammu, rey de la III Dinastía de Ur, cuyos gobernantes llevarán nuevamente el título de *rey de las Cuatro Zonas del mundo y rey de Sumer y Akkad*, monarquías divinizadas como en la época acadia. En efecto, durante este período el dominio imperial abarcó la extensión alcanzada durante el imperio acadio y aun más, pues una parte del Elam fue anexada a sus posesiones en tiempos de Shulgi, a más de las zonas montañosas del norte, Kurdistán y Kirkuk. Dos elementos nuevos característicos de los imperios sucesivos aparecen testimoniados en inscripciones referentes a este período, uno es la deportación de poblaciones extranjeras que eran utilizadas seguramente para trabajar en obras públicas, y el otro, la política matrimonial, como en Egipto, para asegurarse la alianza con príncipes de estados vecinos. Cabe destacar que este es un período muy importante para el conocimiento de la *praxis jurídica* de Mesopotamia, pues aparte de las numerosas tablillas contentivas de contratos de compra-venta, donaciones, registros judiciales de matrimonio, documentos

procesales con sentencia, han llegado hasta nosotros fragmentos de los códigos de Urnammu y Lipitesthar, que precedieron y sirvieron de base al conocido de Hamurabi. También es digno de recordar la intensa actividad constructiva de obras hidráulicas, restauración de templos y los grandes zigurat de Ur y Uruk. En el campo literario, es este el período de oro, pues se fijaron por escrito tradiciones orales antiguas y se crearon nuevas composiciones.

El renacimiento sumerio de la III Dinastía de Ur duró aproximadamente un siglo; hacia el 1950 a.C. el imperio se fragmentó, volviéndose a una estructura política muy parecida a la de la época protodinástica, con multitud de ciudades-estados. Las causas se pueden encontrar en las intrusiones de pueblos procedentes del Elam al este y de los amorreos al oeste, dando paso al último período de la historia activa mesopotámica representada por los Imperios de Babilonia y Asiria, caracterizado por etapas de esplendor y de decadencia que a veces coinciden o se excluyen en la dominación del espacio físico propio y los territorios circundantes durante el II y el I milenio a.C.

Estos imperios, los dos primeros que reconoce la historiografía griega -desde Ctesias hasta Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso, exceptuando a Tucídides, Jenofonte y Teopompo que no los incluyeron en sus obras-, y que describe la Biblia en varios de los libros del Antiguo Testamento en relación a la historia del pueblo hebreo, son similares en cuanto a su concepción del poder, pero difieren notablemente en lo que se refiere a su estilo y al espíritu que los anima, pues Babilonia, si bien como todos los imperios se valió de la fuerza de las armas y la violencia para asegurarse el dominio, se diferenció notablemente por su espíritu ético, la idea de justicia y cumplimiento de los servicios públicos, reflejados ampliamente en varias inscripciones y en el Código de Hamurabi, máximo documento del primer período de su historia (mejor conocido como paleo-babilónico). Del mismo modo se deduce a través de las fuentes del segundo período llamado neo-babilónico o Caldeo, en que Babilonia bajo Nabucodonosor, alcanzó la cúspide de su gloria y llegó a convertirse en la más grande y hermosa capital de su tiempo. Albergaba una de las Siete Maravillas de la antigüedad, los famosos jardines colgantes, hechos construir por el rey para su esposa meda Amytis. Asiria, por el contrario, acogiéndonos a lo que las fuentes testimonian, se caracterizó por *...la más desnuda voluntad de poder, el uso más implacable del terror como principal instrumento de gobierno y la elevación de la crueldad a un valor del que se sienten orgullosos* (García Pelayo, p.77). La Biblia, al referirse a los asirios lo hace destacando su crueldad y el temor que infundía su maquinaria de guerra, que incluía una fuerza de carros especialmente diseñados para el combate, arqueros, lanceros y honderos, rampas y arietes para el asalto de murallas. Numerosas tablillas e inscripciones describen la suerte corrida por muchos de sus enemigos y jefes que osaron resistir a su dominio, desde la extracción de los ojos y cortarles la lengua hasta la decapitación o el despellejamiento y el empalamiento vivos, para advertencia de otros rebeldes potenciales. Las campañas de Asurnasipal II (uno de los reyes del período del I imperio fundado por Tiglat-pileser I hacia el siglo XI a.C.), grabadas en una estela de alabastro de 389 líneas, son narradas de manera escalofriante; nos permiten conocer la psicología y el tipo humano de los asirios. Sin embargo, uno de los reyes del II Imperio, Asurbanipal, llamado por los griegos Sardanápalo, pese a su crueldad, nos dejó en Nínive, la capital, una riquísima biblioteca en tablillas escritas en cuneiforme, cuyos textos mandados a copiar por orden suya, recogen la mayor parte de la literatura sumeria o refundaciones posteriores acadias, como el famoso poema de Gilgamesh y el Ennuma Elish o Poema de la Creación. Una parte de dicha biblioteca, contentiva de cerca 30.000 tablillas fue descubierta por el inglés Henry Layard en las ruinas de Nínive en 1849. También podemos apreciar en los soberanos asirios el gusto por las artes. A la manera de mecenas, protegieron artistas de otros reinos que decoraron sus palacios con obras destinadas a conmemorar sus hazañas guerreras o de caza.

Finalmente, tanto Asiria como Babilonia en los períodos alternos de su historia imperial, utilizaron como medio de dominio la deportación de grandes masas de población, bien para colonizar otros pueblos o para tener mano de obra en sus propias ciudades. La mejor fuente para estudiar este aspecto es la Biblia, pues el pueblo hebreo fue llevado en cautiverio tanto por uno como por otro reino. Así sucedió bajo Tiglat-pileser III y Salmanazar, cuando las diez tribus de Israel fueron sacadas tal vez hacia las costas del mar Caspio sin que retornaran a Palestina, poblándose a su vez esta región con colonos persas y babilonios (R. IV,18-24). De igual modo el reino de Judá fue deportado bajo Nabucodonosor a Babilonia en tres oportunidades, conociéndose los 70 años en que estuvieron en esta ciudad como "Cautiverio de Babilonia". El profeta Daniel, al que hicimos referencia poco antes, fue llevado muy niño en estas deportaciones y educado en el palacio del rey. Jerusalén finalmente fue destruida y no será sino hasta el ascenso de Ciro, rey de los Persas, y la conquista de Babilonia en el 539 a.C., cuando los judíos retornarán y reconstruirán la ciudad y el templo con el apoyo del monarca. Con Ciro se cierra el último capítulo de la historia imperial mesopotámica, pues en adelante pasará a formar parte del Imperio Persa y continuará bajo su dominio hasta el 332 a.C., cuando el macedonio Alejandro Magno culminó la conquista del más vasto imperio mundial conocido hasta entonces, y se conformó uno nuevo de mayores dimensiones que luego de su muerte en el 323 a.C., se fragmentaría en los llamados reinos helenísticos, quedando Mesopotamia en manos de los seléucidas. Estos detentarán el poder desde el 312 hasta el 171 a.C., luego serán los partos hasta el 226 d.C., y por último en la antigüedad, los sasánidas, hasta la conquista del país por los árabes musulmanes en el 651 d.C. ya en el medioevo.

Conclusión

A lo largo de la exposición hemos visto cómo el territorio conocido hoy con el nombre de Iraq, fue poblado sucesivamente, por gentes de distinto origen étnico provenientes de diversas regiones de Asia: proto-sumerios, sumerios. Acadios, babilonios, asirios, amorreos, guteos, kasitas, elamitas, medos, persas, etc., que produjeron diversas culturas, aisladas las primeras y luego en estrecha simbiosis, con características muy particulares producto del aporte de unos y otros pueblos. Razones de índole económico explican el surgimiento de las primeras ciudades-estados en la baja Mesopotamia y la ambición de conformar unidades políticas mayores que a la larga desembocarían en la idea imperial. Una vez realizado este proyecto, la historia de este país ya no conocería otra forma política, y durante siglos fue el continuo sucederse de imperios que por las dimensiones espaciales que abarcaron, merecieron la denominación de Imperios Universales. El surgimiento y decadencia de cada uno de ellos, fue analizado por la

historiografía griega según su concepción cíclica, atribuyendo la ruina de los estados a los reveses de la fortuna, la *tyché* a que los somete la providencia divina, *prónoia*; y, por la cristiana, en un continuo, en el que la decadencia de cada imperio se debe al castigo divino a causa del pecado, con una visión escatológica en que la parusía será el punto final de la historia.

Hoy, cuando el territorio iraquí está siendo destruido por un nuevo invasor procedente de occidente, por razones económicas evidentes, si aplicáramos la concepción histórica griega, pareciera que se está cumpliendo un nuevo ciclo de su historia. Pero si como decía Polibio en el pasaje citado al comienzo de esta exposición, esa es la suerte a que están sometidas todas las ciudades, pueblos e imperios, sujetos a los reveses de la fortuna, entonces Bush y sus aliados debieran como Escipión ante las ruinas de Cartago, llorar meditando que un día también correrán la misma suerte. Por algo el Papa Juan Pablo II recordó que la vida de los imperios no es eterna.

Bibliografía

1. BLOCH, Raymond, y Alain Hus, **Las conquistas de la arqueología**, Madrid, Ed. Guadarrama, 1974.
2. CASSIN, E. *et al.* **Los Imperios del Antiguo Oriente**, Madrid, Siglo XXI, 1971.
3. Diccionario Bíblico Arqueológico, **U.S.A. Ed. Mundo Hispano, 1982.**
4. GARCIA P. Manuel **Las formas políticas del Antiguo Oriente**, Caracas, Monte Avila, 1978.
5. HOGARTH, D.G. **El Antiguo Oriente**, México, F.C.E. 1951.
6. **Nuevo diccionario bíblico ilustrado**, Barcelona, CLÍE, 1985.
7. PIJOAN **Historia del Mundo**, Barcelona, Salvat ed., 1967.
8. RIPOLL P. Eduardo **Prehistoria e historia del próximo oriente**, Barcelona, Labor S.A., 1972.
9. **Sagrada Biblia**, Texas, Revista Católica, 1925.